

Miseria de la Universidad

Muchos años hace que se habla de la crisis de la Universidad, tal vez demasiados para creer que es algo temporal y por tanto pasajero; más parece que lo que está en crisis es el concepto mismo de Universidad que ha venido impulsando su funcionamiento durante las últimas décadas. Sin embargo, justo es reconocer que, en los años transcurridos últimamente, el "eterno hombre enfermo" se ha convertido en un cadáver sin pulso, sin vida.

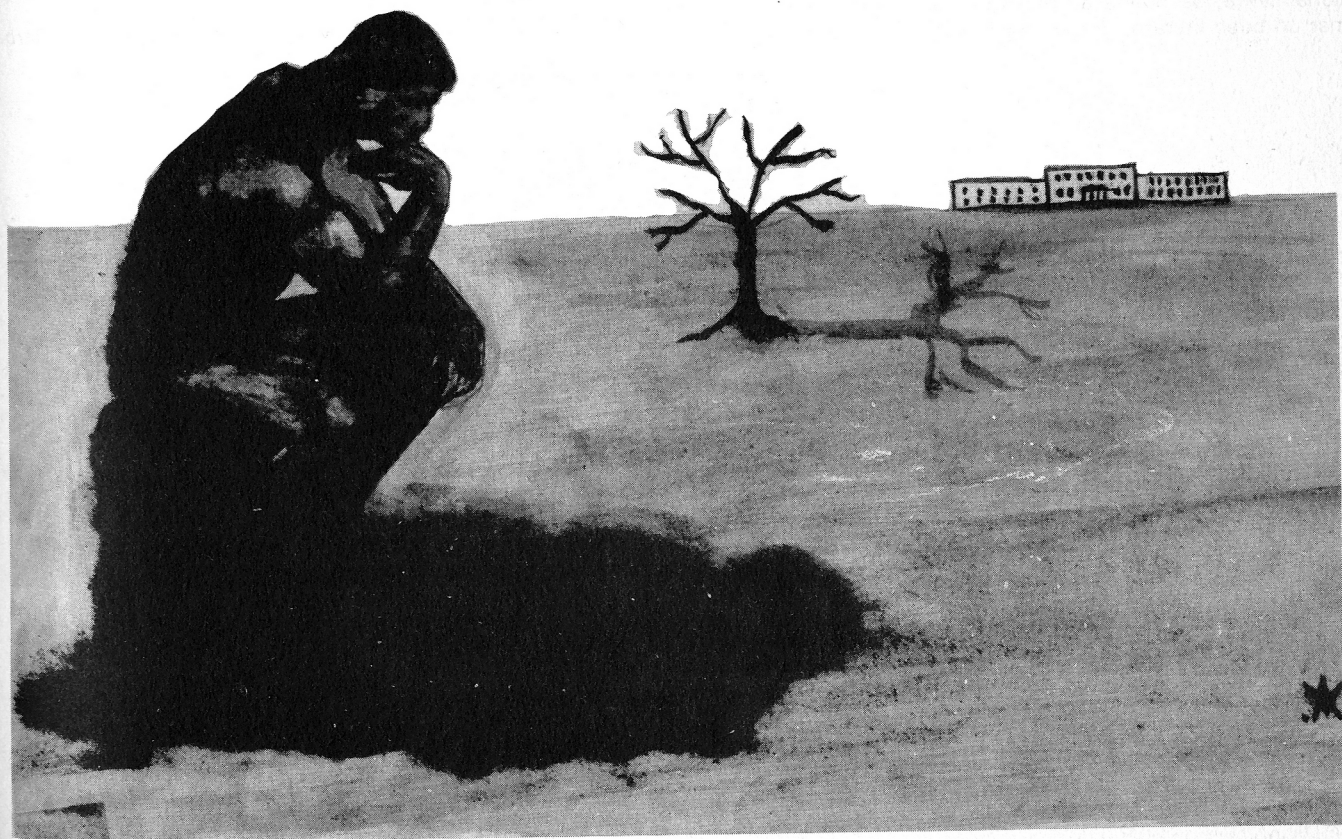
A juzgar por la reacción de quiénes componemos la Universidad, nada parece evidenciar que la putrefacción nos ha invadido hace tiempo. La impotencia y la abulia parecen haberse instalado definitivamente donde deberían reinar la reflexión y la crítica, componiendo un espectáculo de complacencia ante su progresiva y fatal eliminación como centro de saber.

La Universidad se ha convertido en un centro emisor de títulos que cada vez cuesta más obtener al tiempo que van perdiendo valor. La falta de rigor científico,

de una planificación académica, de un espíritu autocrítico, atento siempre a posibles errores; el encastillamiento de cátedras y departamentos en posiciones defensivas a ultranza, con la seguridad que da saberse con un cargo vitalicio y sin más responsabilidades que las morales; la falta de respeto hacia el alumnado, la evidente existencia de posiciones encontradas entre profesores y alumnos, cuando se supone que deberían tener las mismas, la falta de imaginación y de medios en la creación de algo útil a todos, conforman, con las excepciones de rigor, nuestro actual panorama universitario; a ello habría que añadir la funesta política gubernamental en materia educativa, que niega los medios y los fondos necesarios para el mantenimiento de un nivel educativo minimamente digno, que sirviera como base de partida a una Universidad auténtica que no traicionase sus fines e intereses: educar, investigar, formar profesionales útiles a sí mismos y a la sociedad.

Parece que los actuales detentadores

del poder no tienen mucho interés en la revitalización de la Universidad. La posibilidad de creación de universidades privadas, previstas en la Constitución y ratificadas en la L.A.U., puede ser la carta que nuestros gobernantes se guardan en el bolsillo. Estas universidades, a las que solamente podrían acceder los económicamente poderosos y por tanto cercanos ideológicamente a las esferas de poder, tendrían como fin el proveer de cuadros dirigentes a los sectores claves de la economía y la industria nacionales, permitiendo así un control de sus intereses incluso en el caso de un revés electoral. Esta selección se realiza actualmente en las empresas, partiendo de los titulados de las universidades estatales. Es evidente que una universidad privada les proporcionaría profesionales mucho mejor preparados en el terreno científico, por disponer de mayores medios económicos, así como en el terreno ideológico. La universidad estatal quedaría así relegada a un segundo plano que daría fe de la "política social" del grupo dominante.



La vida universitaria se transforma así en una especie de merienda de negros en la que nadie quiere saber nada del de al lado, se exige un rendimiento a los alumnos y no se les exige a los profesores, al menos en el terreno didáctico, ¿no se dan cuenta las altas esferas de que un suspenso masivo es un desastre para las dos partes interesadas?. Aquellos profesores que dicen que sus alumnos les defraudan ¿han pensado alguna vez que la culpa es de la formación que han recibido anteriormente y que también ellos pueden defraudar a sus alumnos?. Los alumnos que piden menor extensión y profundidad en el conocimiento de las asignaturas, a fin de aprobarlas con más facilidad, ¿se dan cuenta de que eso atentaría contra su formación, que debe ser lo más completa posible dentro de unos límites razonables? solución no es bajar el nivel de conocimientos sino aumentar el de la calidad de la enseñanza). ¿A qué intereses sirven afirmaciones como que el alumno debe limitarse exclusivamente a estudiar?, ¿qué clase de educación es esa que requiere de la anulación de la personalidad del individuo en todas sus facetas, excepto en la académica, durante seis años?, ¿estamos en una Universidad ó en un centro iniciático de alguna filosofía esotérica?, ¿qué clase de servicio se presta así a la sociedad?, ¿proveer de cuadros desprovistos de una formación íntegra, y por lo tanto crítica, que facilite su inserción en el mundo empresarial al no cuestionar las relaciones de producción?; quizás sea así y ésto, junto con el espíritu del cuerpo, explique la diferencia de suspenso entre las Facultades y las Escuelas Técnicas (no creo que, honrada y racionalmente, se pueda afirmar que formar un buen literato, por ejemplo), a fin

de cuentas un "humanista" no va a ocupar nunca, salvo contadísimas excepciones, un puesto clave en las esferas dirigentes. Tal vez piensen que si uno se dedica exclusivamente a estudiar se mantiene alejado de "perniciosas lecturas y actividades" que alejan del "buen camino" (es decir, olvidarse de para qué o para quiénes se trataja realmente sumergiéndose en una especie de misticismo cientifista, como si la labor a desarrollar no fuera el fruto del entorno social). Así pues, ¿es función del teórico desarrollar e impulsar verdaderamente a la Nación y del "humanista" la crítica y la especulación ociosas?, me parece evidente que tales simplezas nos llevan a un punto muerto, lo cual estamos a punto de conseguir.

Mientras tanto, el potencial cultural y científico del país se pierde en un mar de despreocupación e indiferencia de quienes deberían proporcionar los medios necesarios para su desarrollo, teniéndose que substituir la falta de éstos con un derroche de imaginación e ingenio.

Mientras tanto, los menos favorecidos económicamente intentan salvar lo que se pueda, antes de que el barco se hunda definitivamente, sacando las asignaturas lo mejor que se pueda y sin hacer caso de los atropellos a que son sometidos y al constante incremento de los planes de estudio, asumiendo todo esto como algo normal y cotidiano; el panorama laboral se torna cada vez más sombrío, el paro creciente abarata la mano de obra al tiempo que se exige más a los recién titulados que buscan trabajo. No hay tiempo para nada, ni siquiera para solicitar una mayor racionalización de la enseñanza que nos capacite adecuadamente, o más adecuadamente.

El panorama es aun más lamentable por cuanto parece que todos hemos aceptado el actual estado de cosas con una resignación suicida. Numerosos son los que, entre profesores y alumnos, ven la necesidad de un cambio en profundidad, y sin embargo, debemos asistir impotentes al naufragio de cualquier intento renovador, incluso los tímidos intentos reformistas de la L.A.U. parecen estar en peligro tras la formación del nuevo gobierno. A todos los que sientan la necesidad de crear una Universidad digna de tal nombre corresponde el deber de encontrar soluciones que acaben de una vez por todas con la impotencia que nos atenaza. No bastan declaraciones de intenciones ni buena voluntad si no se traducen en hechos palpables; hay que hacer algo o los perjudicados seremos todos.

Cambiar las relaciones entre profesores y alumnos, que recuerdan con demasiada frecuencia a las de los subordinados con sus superiores, podría ser un buen primer paso, es imprescindible borrar las desconfianzas mutuas si se quiere abordar el problema con un mínimo de seriedad, solamente el trabajo conjunto en aras de un interés que debe ser único puede salvarnos de una mayor degradación, si cabe.

Es asimismo imprescindible exigir, con firmeza, a los organismos oficiales que se dote a la Universidad de los medios necesarios para llevar a cabo su labor, de lo contrario para nada servirán las futuras reformas que se plantean.

Que nadie pueda tacharnos de utópicos, pero que una inercia a la inacción o un exceso de prudencia, mal entendida, no nos lleve a traicionar nuestros intereses.

Alejandro Garvía Barba

